

PÁGINA WEB
ARCHIVOS DE LA HISTORIA
Y
OLAUDAH EQUIANO, LA VIDA DE UN ESCLAVO

Del equipo que forma esta web

contacto@archivoshistoria.com
www.archivoshistoria.com

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

<https://archivoshistoria.com/>

Podría decirse que, en ocasiones, la historia corre en paralelo de las nuevas tecnologías. Sobre todo, en España, no se ha conseguido establecer un vínculo entre la ciencia y los nuevos medios de una forma potente. De hecho, generalmente las páginas de divulgación histórica que más éxito tienen son las de personas amateur que en la mayoría de los casos no han recibido ningún tipo de formación en esta área del conocimiento. Parece que los expertos están o muy ocupados o muy desconectados de la situación actual como para tener la fuerza suficiente en internet. Existen, por supuesto, excepciones, como es el propio Archivo de la Frontera.

En ocasiones, ignoramos que estas nuevas vías han moldeado la sociedad por unos derroteros no siempre positivos, sin embargo, sí que nos han traído algo fabuloso: la información fluye directa hacia el receptor sin necesidad de grandes inversiones, intermediación de grupos de presión o conocimientos avanzados de informática. Basta un teclado, un ratón, tiempo y ganas.

Con este marco de fondo, el caluroso julio de 2016 un grupo de compañeros del grado de historia de la universidad de Alcalá de Henares nos pusimos en marcha con el objetivo de aprender en una doble dimensión que se entrelaza: descubrir nuevos pasajes de la historia en tono divulgativo y aprender de las nuevas tecnologías. Apenas teníamos experiencia, salvo **Ismael López**, que había realizado una exitosa incursión con su propio blog y página en las redes sociales. Junto a él, otros cuatro compañeros más: **Javier Núñez Sánchez**, como *community manager*, **Esteban García Marcos** como *webmaster* y gestor de contenido y **Rubén Hernández Yunta**, **Juan Manuel Sayago Guzmán** y **Daniel Correa Cuerva** como articulistas. Posteriormente se uniría **Paula Beldad** al plantel original.

Evidentemente, no esperábamos tener ningún tipo de éxito, era algo personal, para nosotros con el objetivo aprender. Tomamos seudónimos con el objetivo de ambientar la web y nos pusimos manos a la obra. Para cuando quisimos darnos cuenta, el éxito

había sido bastante más elevado de lo esperado. Actualmente contamos con más de 110.000 visitas, cerca de 10.000 seguidores y 108 artículos, uno cada lunes, miércoles y viernes salvo en época de exámenes y en vacaciones.

Con este éxito, la gente no tardó en llamar a la puerta. Una de las primeras incorporaciones sería **Adrián de Blas**, antiguo estudiante de universidad de Alcalá de Henares y actualmente en Alemania trabajando en un archivo histórico. Estudiantes de Granada, Madrid, Toledo, Vizcaya, Barcelona y Teruel se unieron también al equipo, sumando ya dieciséis colaboradores que se podría decir que forman una auténtica familia.

Una de las señas de identidad de la página es que su contenido es totalmente libre. Gracias a la licencia Creative Commons nos hemos unido a la cruzada por la libertad de internet, a la vez que el proyecto es totalmente sin ánimo de lucro, razón por la cual hemos decidido no monetizar la página.

Actualmente tenemos más proyectos en marcha para ampliar la página. Algo que lleva rondando la cabeza de los colaboradores durante meses es la creación de un *podcast* y otros contenidos multimedia como videos ilustrativos de determinados momentos históricos.

Por último, queríamos compartir un artículo que encaja perfectamente con el tono de la Frontera. Hablamos de un esclavo, Olaudah Equiano, también conocido como Gustavo Vasa el africano, artículo realizado por Adrián de Blas. Gracias a él conocemos la vida de un esclavo de primera mano, sus andanzas hacia la libertad. Algo que tiene un contenido antropológico inenarrable, aunque no está libre de polémicas, puesto que la veracidad de algunos episodios está puesta en entredicho. Sin más, ¡disfrutadlo!

OLAUDAH EQUIANO, LA VIDA DE UN ESCLAVO

Mi nombre es **Olaudah Equiano**, aunque todo el mundo en Inglaterra me llama **Gustavo Vasa el africano**. Escribo estas líneas, como una experiencia genuina, una petición de compasión hacia los negros como yo que han sufrido los horrores de la esclavitud. No ofrezco la historia de un santo o un héroe o un tirano. De hecho, creo que muchos de mis eventos vitales les han sucedido a muchos como yo. Tampoco busco la gloria o ser recordado, si no que la dura lucha por la abolición de la esclavitud llegue a un exitoso final.

Nací en 1745 en el pueblo de Essaka, que más tarde supe que era parte del reino de Benín, en el vasto territorio africano conocido como Guinea. El reino de Benín estaba dividido en provincias. Yo provengo de una de las más fértiles, Igbo. Mi padre era uno de los ancianos o jefes del pueblo. Ellos hablaban con el gobernador de Igbo, a quien yo en alguna ocasión había podido ver, y éste con el rey de Benín. Yo nunca había conocido a nuestro rey, pero sabía que sus dominios se extendían desde un océano tan lejano que yo nunca había visto, hasta los confines de Imperio de Abisinia, a más de 1500 millas de distancia. Además de pertenecer a una familia respetada, era el más joven de los varones, y solamente mi única hermana era menor que yo.



Olaudah Equiano o Gustavo Vasa el Africano, hacia 1790

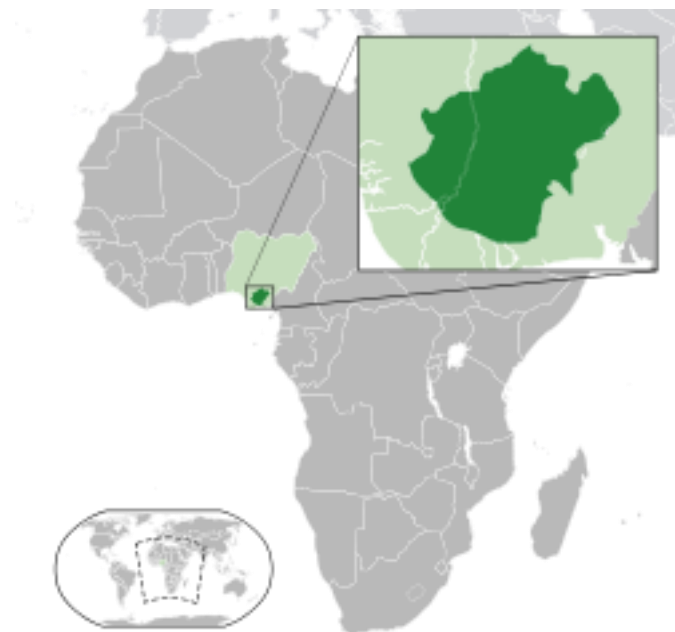
Un día, cuando tenía 11 años, mi hermana pequeña y yo nos quedamos solos en casa. Mi padre y mis hermanos mayores estaban trabajando mientras que mi madre había salido a hacer unas tareas. No les vimos venir. No pudimos reaccionar hasta que les vimos entrar por la ventana. Habían saltado la tapia de nuestro patio y entrado en nuestra casa. Antes de que pudiéramos gritar nos taparon la boca y nos sacaron de la casa. Unos segundos después, la maleza nos ocultaba. Habíamos sido secuestrados.

Durante varios días caminamos, cambiando de rumbo varias veces para que no supiéramos volver a casa. Una vez intenté llamar la atención de una caravana de comerciantes que vi a lo lejos. Me golpearon, inmovilizaron y me metieron en un saco durante varios días, sin comida ni bebida. En ese momento me di cuenta que no volvería nunca a mi hogar. Al poco tiempo de aquello, cuando al fin mi castigo acabó, llegó uno de los días que con más pena recuerdo. Mi hermana y yo fuimos separados. Aquello me hizo llorar y durante un tiempo me negué a comer, aunque me forzaban a ello. Al fin, tras semanas de viaje, fui entregado a una nueva familia. Hablaban la misma lengua que yo, así que supuse que no debí haber salido de Igbo, pero mi concepción del mundo en aquellos años era demasiado pequeña.

Mi primer dueño, pues yo ya había asumido que había sido secuestrado para servir como esclavo, era un herrero. Trabajé con el ganado y las aves, una tarea que yo conocía de haber hecho en Essaka. Al mes de estar allí, me gané un poco de libertad. Me permitieron salir de la casa y el establo. Usé esa libertad para preguntar si alguien sabía en qué dirección estaba mi hogar. Varias veces me planteé huir, pero a medida que pasaba el tiempo lo veía inútil. No sabía el camino a casa y lo que era más importante, no podía traer a mi hermana conmigo. Aun así, un accidente en la cocina precipitó todo. Por error, al dar de comer a las gallinas, maté a una de ellas. El miedo al castigo me hizo tirar allí mismo el pienso y salir corriendo a un bosquecillo cercano. A los pocos minutos comenzaron a buscarme. Yo me escondí, pero tras sopesar mis posibilidades y cuando el hambre comenzó a apoderarse de mí, volví a la casa de mi dueño. Al contrario de lo que pensé, el herrero no me castigó, gracias a que una de las cocineras más mayores intercedió.

Poco tiempo después la única hija de mi dueño enfermó y murió. Su estado de tristeza fue tal, que se deshizo de todos nosotros. Fui vendido de nuevo y las largas jornadas de viaje volvieron a ser mi rutina. Durante este viaje pude aprender varias lenguas, pues muchas de ellas no diferían en gran medida de la de mi Igbo natal. Tras un largo viaje, fui encerrado en una casa con varios esclavos más. Cuál fue mi sorpresa cuando encontré a mi querida hermana allí. Nos abrazamos y gritamos de alegría. Pero esa alegría duró poco tiempo. A los dos días mi hermana

fue vendida y separada de nuevo de mi lado. Yo permanecí unos días más allí hacinado, hasta que llegamos a la ciudad de Tinmah. Nunca en mi vida vi una ciudad tan hermosa. Los edificios resplandecían, la riqueza se podía ver por todas partes y un gran río serpenteaba en todas direcciones.



Localización de Igbo, en la actual Nigeria

En Tinmah fui vendido a un comerciante, que pagó 172 conchas por mí. Su casa era enorme y allí probé por primera vez alimentos de los que nunca había oído hablar. Fui duchado y perfumado y, por un momento, olvidé mi condición de esclavo. Pasé dos meses en aquella casa, probablemente, los dos mejores meses desde que fui capturado, si no de mi corta vida. Me trataban como uno más, y casi pensaba que más que comprado, había sido adoptado... hasta que todas mis ilusiones desaparecieron. Mi dueño me llevó a través de los brazos del río hasta el vasto océano. Habían pasado unos seis o siete meses desde que fui secuestrado.

Allí, a orillas del océano, unos hombres blancos, sucios, con una lengua extraña, modales indecorosos y una religión diferente me hicieron subir a un barco enorme. Cuando me acostumbré a la poca luz del interior del barco, el miedo se convirtió en terror. Una multitud de negros estaba encadenada entre sí y en sus caras pude leer el más puro dolor y abatimiento. En ese mismo momento supe mi destino. Cualquier esperanza de escapar y volver a mi hogar desapareció. Tan pronto como fui encadenado a los demás, mis captores abandonaron la bodega. La oscuridad pudo conmigo. Añoraba mi antigua forma de esclavitud a esta nueva situación. De hecho, casi prefería la muerte a seguir allí.

Cuando zarpamos, y tras varios días conviviendo, descubrí varios esclavos más de mi tierra natal, Igbo. Ellos me explicaron que viajábamos a una tierra lejana a trabajar para hombres blancos como los que nos habían comprado. Aquello me tranquilizó un poco, aunque la situación seguía siendo extrema. El aire en la bodega era turbio, enrarecido, casi imposible de respirar. Una enfermedad nos asaltó y una parte importante de los esclavos murió. Aprovechando que los blancos nos desencadenaron para tirar los cadáveres al mar, algunos intentaron escapar. Saltaron, desesperados, al agua, aun cuando no sabían nadar. Vimos morir ahogados a todos ellos, pero prefirieron eso a la esclavitud.



Negreros arrojando su “mercancía” al mar

La larga travesía terminó cuando llegamos a una pequeña isla, llamada Barbados, y desembarcamos en Bridge Town. Allí, en el puerto, había barcos de todo tipo y tamaño anclados. En cuanto estuvimos fuera, fuimos conducidos a un patio cerrado, donde nos organizaron por sexo, raza y edad y nos hicieron salir frente a unos comerciantes, que nos examinaron uno a uno como si de compra de ganado se tratara. Cuando me examinaron, me llamaron por el nombre de “Michael”. Tras pasar varias noches allí, nos hicieron entrar en otro barco y volvimos a zarpar. Días después llegamos a las costas de Virginia, nuestro destino.

El viaje a Virginia fue mucho más cómodo. Nos trataron mucho mejor y nos alimentaron de manera abundante. Al llegar, nuestro capataz rápidamente nos asignó tareas. A mí, al ser el más joven, me dejaron solo y me encargaron arrancar las malas hierbas y quitar las piedras de los campos de cultivo. Fueron unas semanas horribles. No tenía descanso y no tenía a nadie con

quien poder hablar. El capataz me llamaba “Jacob”, y me costó acostumbrarme a obedecer a la llamada de ese nombre.

Mi suerte cambió cuando, tras un par de meses trabajando entre la plantación y la casa de mi dueño, un teniente de la Royal Navy británica apareció. Estaban hablando sobre algunos asuntos (mi inglés aún era deficiente), cuando el teniente me vio y mi señor me llamó. Tras una breve negociación, fui vendido por unas 30 ó 40 libras. Michael Henry Pascal, el teniente de la Royal Navy, se convirtió en mi nuevo dueño. Sin tiempo para más, me llevaron a caballo al puerto y me subieron a un barco lleno de tabaco y otros bienes rumbo a Inglaterra. Al contrario que en mis otros dos viajes, no fui encerrado en la bodega. Era libre de ir por el barco, ayudaba a los marineros, me trataban con respeto y comía con ellos. Mi inglés mejoró enormemente durante esa travesía. Un día, Pascal me renombró como Gustavo Vasa. A pesar de mis objeciones, y pedirle que me llamara Jacob, pues ya me había acostumbrado a ese nombre, él se negó y continuó llamándome Gustavo. Más tarde descubrí que a los dueños les gusta poner nombres de personajes históricos a sus esclavos de manera irónica.

En la primavera de 1757, tras 13 semanas de viaje, llegamos a Inglaterra, al puerto de Falmouth. Yo tenía 12 años y me impresionó aquella ciudad. Sus edificios enormes, las calles pavimentadas, la gente,... Nunca había visto nada igual. Al día siguiente de llegar, Pascal me llevó a casa de unos amigos suyos. Según pude entender, yo era un regalo para esa familia. Pronto me encantó mi nueva casa. Aquella familia tenía una hija de unos 6 ó 7 años que me adoraba y el padre me trataba muy bien. La pequeña lloró mucho el día que Pascal volvió a aparecer para reclamarme. Había sido ascendido a teniente primero y tenía una misión, para la cual quería mi presencia. Sin poder negarme, fui conducido a bordo del “Namur”.

Navegamos hasta Holanda, Escocia y Francia, pero yo no tuve oportunidad de bajarme del barco. Tampoco abrimos fuego en ninguna ocasión. Semanas después, regresamos a Portsmouth. Pasamos un tiempo en Londres, donde yo caí enfermo y Pascal me llevó al Hospital de St. George. Por suerte, me recuperé bien, y a los pocos días, volvimos a zarpar. Tras un breve paso por Holanda, nos detuvimos en la isla de Tenerife antes de partir de nuevo hacia América. Durante la travesía, varios barcos, mercantes y militares, se unieron a nosotros. En el verano de 1758 llegamos a la isla de Cabo Bretón. Allí, los soldados que transportábamos desembarcaron y marcharon hacia Louisborough, una colonia francesa que debíamos tomar. Mientras los soldados atacaban por tierra, nosotros bombardeamos la ciudad desde el mar, atrapando a su flota en el puerto. La ciudad pronto cayó en nuestras manos.

Tras algunas otras escaramuzas, regresamos a Londres a principios de 1759. En febrero de ese año, fui bautizado en la iglesia de St. Margaret como Gustavo Vasa. Muchos amigos de mi dueño, que me tenían gran aprecio a pesar de haber estado poco tiempo en Inglaterra con ellos, acudieron a mi bautizo y sirvieron como padrinos. Tenía 14 años. Poco después, en la primavera, salimos hacia el Mediterráneo. Anclamos en Gibraltar y pasamos varios meses allí. Al regresar a Inglaterra en agosto, mi dueño fue ascendido a comandante. Abandonamos el “Namur” y embarcamos en el “Etna”.

A partir de ese momento, nuestra participación en aquel conflicto fue en aumento. Atacamos numerosos puestos franceses y, por momentos, temí por mi vida. Bayona, Nassau, Belle-Isle son sólo algunos de los puntos donde entramos en combate aquellos dos largos años. No volvimos a Inglaterra hasta el verano de 1762, cuando yo tenía 17 años. Me había convertido en un hombre a marchas forzadas. Sabía leer, escribir, combatir, navegar... Mi dueño estaba orgulloso de mí. Tan orgulloso que pensé que podría liberarme. Me equivoqué. En diciembre de ese año me vendió al capitán Doran por 10.000 libras. Ni siquiera se despidió. Tras años de lo que yo había considerado “libertad” mi nuevo destino era una incógnita.

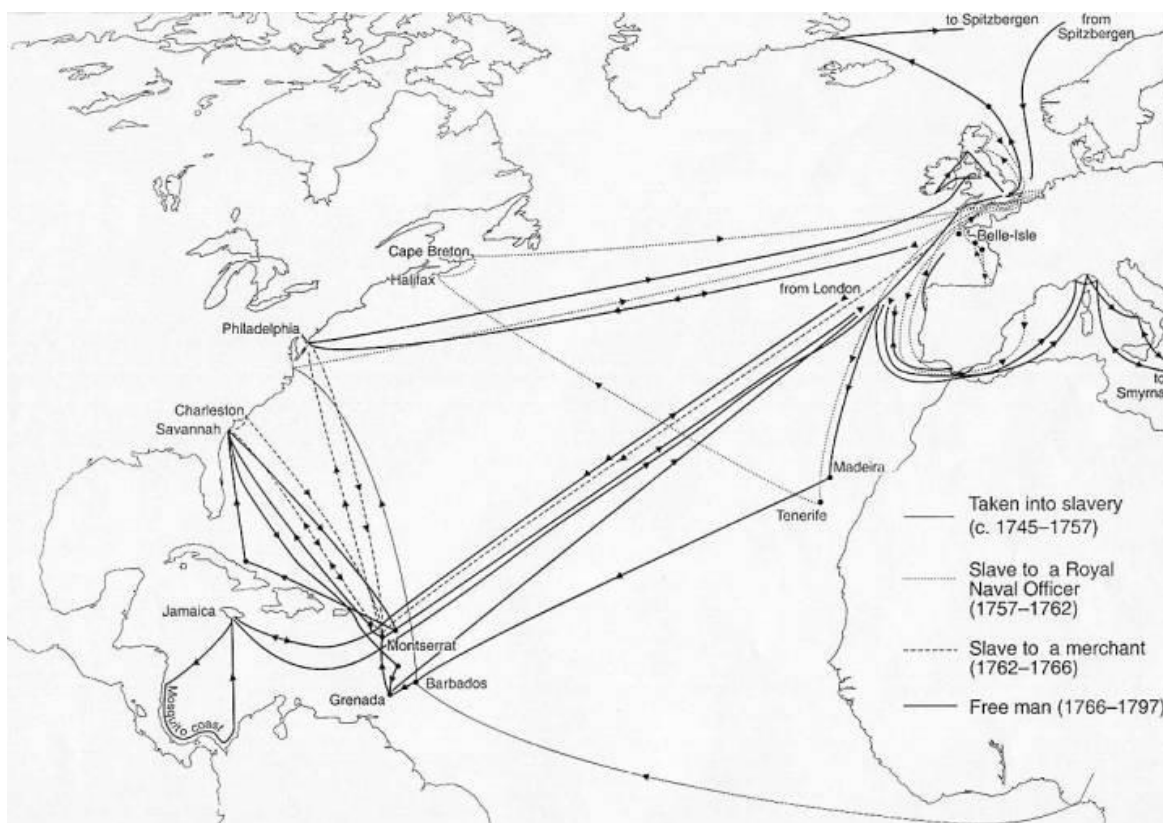
Al día siguiente zarparamos, nuestro destino era la isla de Montserrat, un pequeño enclave en el Caribe. Tras unas semanas en la isla, el capitán Doran decidió venderme a Robert King, un comerciante cuáquero. Lloré y supliqué que no lo hiciera, que me dejara seguir navegando, pero el trato ya estaba cerrado. Sin embargo, pronto me acostumbré a mi nuevo dueño. Me llevó a Filadelfia, donde aprendí aritmética y me matriculé en una escuela. Cuando aprendí lo suficiente, ayudé a King con sus cuentas y encargos como comerciante. Era tal el aprecio que me tenía, que un día descubrí que había rechazado una oferta de 100.000 libras por mí. Lamentablemente, aunque mi posición era cómoda, desde ella también pude contemplar la miseria de otros negros esclavos, explotados y violados por sus dueños. He de decir que había algunos buenos, pero eran la excepción.

King me llevaba con él en sus negocios por el Caribe. Barbados, Montserrat, St. Kitt's o Charlestown eran puertos comunes en nuestros viajes. Trabajé así algunos años, sabiendo que cada día que pasaba estaba más cerca de poder comprar mi libertad, un sueño que pude cumplir el 11 de julio de 1766. Con mi duro trabajo y mis contactos, logré que un rico anciano sin familia me diera 40 libras, el precio por mi libertad. Cuando se las presenté a King, éste se sorprendió. “¿Cómo? ¿Tu libertad? ¿De dónde has conseguido el dinero para tu libertad?” me dijo. Le conté, paso por paso, cómo había logrado aquella suma. Vio la honestidad en mis palabras pues cuando acabé, aceptó el dinero y fuimos juntos a la oficina del Registro. Gustavo

Vasa era un hombre libre.

Y mi primer deseo fue volver a Inglaterra, a Londres, donde pertenecía mi corazón. Pero para ello debía trabajar, y pronto mi antiguo dueño, el señor King, me contrató para uno de sus barcos mercantes. Volví a surcar las aguas de Caribe, a visitar sus puertos y luchar contra sus tempestades, pero esta vez, lo hice como un hombre libre. Tras meses de duro trabajo, en enero de 1767 me presenté de nuevo ante King, expresándole mi deseo de marchar a Londres y pidiéndole que escribiera un certificado de mi buena conducta durante los 3 años que estuve con él. Habiéndolo logrado, compré un billete por 7 libras hasta Londres. En marzo regresé, por fin, a Inglaterra.

Una de las primeras cosas que hice al regresar fue visitar a mi antiguo dueño, el comandante Pascal. No puedo definir con las palabras la sorpresa que despedían sus ojos al verme de nuevo. Logré, gracias a sus contactos, que me enseñaran el empleo de peluquero, pero para febrero de 1768, mis ahorros se habían acabado y el trabajo no me daba para comer. Por ello, probé suerte de nuevo en el mar. Viajé a Francia, Italia, Turquía y Portugal durante casi tres años. En 1771 me embarqué de nuevo rumbo al Caribe, donde estuve dos años más. Allí, el capitán de mi barco se embarcó en una aventura que casi nos cuesta la vida. La Corona estaba planeando una nueva expedición para intentar abrir el paso del Nordeste, y para ello necesitaban información científica de la región. Mi capitán aceptó la empresa. Tras salir de Londres, llegamos el 23 de junio de 1773 a Groenlandia, donde me sorprendió que nunca se hiciera de noche. Allí, el Dr. Irving comenzó su trabajo, pero pronto todo se truncó. Aunque era verano, el hielo nos atrapó. La comida se nos agotó. El frío nos congeló. Pusimos rumbo al sur, rezando a Dios para que nos ayudara a salir de allí. Y ante toda improbabilidad, Dios nos ayudó. Tras 11 días varados, el viento cambió y comenzamos a encontrar bloques de hielo rotos, agua líquida por la que poder navegar. El 19 de agosto el océano se abrió ante nosotros y pudimos regresar a Londres.



Todos los viajes de Olaudah Equiano

Tras aquella expedición, juré no volver a embarcarme en empresas imposibles y, cambiando de barco y capitán, navegué de nuevo hacia el Mediterráneo, donde conocí por primera vez los puertos españoles. Surqué el Mediterráneo y el Atlántico hasta 1784, cuando me establecí definitivamente en Londres. Trabajé en el gobierno, ayudando a los futuros misioneros cristianos que marchaban a África. Por aquel entonces yo me había convertido al metodismo, lo hice cuando milagrosamente escapamos de los hielos árticos.

Allí, conocí los primeros impulsores del movimiento abolicionista de la esclavitud, gente como Thomas Clarkson o Granville Sharpe, que me aceptaron en el grupo conocido como “Sons of Africa”. Fueron ellos, tras contarles mi historia, los que me animaron a escribirla y gracias a su ayuda la pude publicar en 1789. No me esperaba que tanta gente leyera mis palabras. Aún hoy no me lo creo. Jamás pensé que alcanzaría el grado de riqueza que tengo hoy en día. En 1792 me casé con Susannah Cullen y tenemos dos preciosas hijas juntos, Anna-Maria y Joanna Vasa. Ahora sólo me queda esperar que la esclavitud sea abolida y miles de personas puedan disfrutar de la libertad que yo he disfrutado.

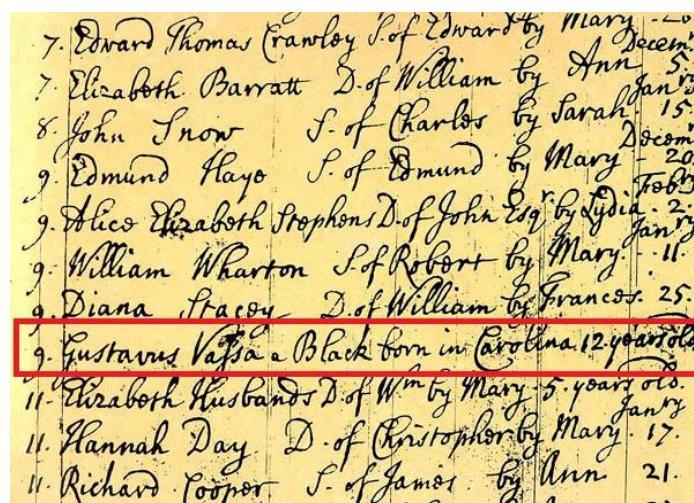
Londres, 1797.

Controversia

“La interesante narrativa de la vida de Olaudah Equiano o Gustavo Vasa el africano” fue una autobiografía escrita por el propio Equiano en 1789. La obra pronto se convirtió en un éxito, alcanzando las 9 ediciones, cuando menos de un cuarto de los libros en esta época alcanzaban las 2 ediciones. Su repercusión fue clave en la abolición del comercio de esclavos y desde su publicación se ha considerado como un relato básico y clave en las “*slaves narratives*”, narraciones de esclavos, donde cuentan sus vivencias y, que tras la publicación de la obra de Equiano, se dispararon, llegando a contabilizarse más de 2500 obras en menos de un siglo.

Sin embargo, a mediados del s. XIX, la obra de Equiano cayó en el olvido y no ha sido hasta bien entrada la segunda mitad del s. XX, con el nacimiento y crecimiento de estudios centrados en África en general y el esclavismo en particular, así como con el campo de “Estudios Atlánticos”, la figura de Equiano ha recobrado gran importancia.

Pero paralelamente al crecimiento de estos estudios y de la recuperación de la figura de Equiano, muchas interrogantes han aparecido. En primer lugar, su fecha y lugar de nacimiento. Equiano asegura haber nacido en África. Sin embargo, en su partida de bautismo, aparece como “nacido en Carolina del Sur”. Muchos autores han debatido sobre la importancia de este hecho. Si de verdad Equiano nació en América, ¿qué valor histórico tiene su obra? Intentaremos responder a eso más adelante.



Partida de bautismo de Olaudah Equiano

A su vez, no sólo se ha discutido el lugar de nacimiento, sino también su fecha. Equiano asegura haber nacido en 1745, pero su partida de bautismo, de 1759, dice que tiene “12 años de edad”. Realizando una simple resta, nos daría que nació en 1747, dos años después de lo que él asegura. Aquí, sin embargo, se abre un interrogante más. Si fue bautizado con 12 años, eso

implica que participó en la Guerra de los Siete Años siendo un adolescente de entre 12 y 18 años. Y no sólo eso, habría logrado la libertad con solamente 21 años, unas fechas excesivamente tempranas para ser coherentes.

Una tercera vía, minoritaria, intenta dar sentido a todo. Equiano nacería en 1735 en Igbo. Quizás, aunque conociera aritmética, cometiera un fallo al escribir su fecha. En 1747 llegó a Virginia, donde trabajó como esclavo. Allí, en 1756 y con 21 años, sería donde el teniente Pascal le comprara. Su partida de bautismo marcaría, y aquí llega la mayor discusión, 12 años de edad... desde su captura como esclavo. Participaría en la guerra en una edad comprensible (19-25 años) y acabaría comprando su libertad con 32 años, lo que resulta mucho más plausible y permitiría encajar todas las piezas.

Sea cual fuera su fecha y lugar de nacimiento, la veracidad del relato se ha puesto en tela de juicio. Muchos de los datos, aunque a simple vista constituyen un relato coherente y contrastado, fallan en detalles claves. Es por ello que muchos autores han planteado que el relato no sea una autobiografía propiamente dicha, sino lo que se conoce como “*memoria colectiva*”. Es probable que Equiano participara en la Guerra de los Siete Años y viajara a Groenlandia, pero el cruce del Atlántico como esclavo podría haberlo redactado a raíz de los relatos y vivencias de otros esclavos. Así, la descripción de Igbo, el rapto y el tránsito en un barco de negros fueran una parte “adaptada”, mientras que desde su llegada a Inglaterra, el relato parece ser más fiel a la realidad autobiográfica.

Pero, ¿por qué habría Equiano de mentir? Tal vez el momento y contexto de la publicación de la obra lo aclaren. 1789 era un año clave en el movimiento abolicionista, la lucha llevaba tiempo latente y estaba comenzando a ganar fuerza. Un relato en primera persona sobre los horrores del comercio y la vida de esclavos sería un espaldarazo enorme. Además, Equiano pertenecía a la organización “Sons of Africa”, quienes le ayudaron no sólo a publicarlo, sino a pulir los detalles del comienzo de la obra a través de otros esclavos.

En cualquier caso, el valor literario de la obra de Equiano es innegable, convirtiéndose en el primer escritor negro de éxito. Equiano pasó de ser un esclavo en las plantaciones coloniales americanas a ser uno de los negros libres más ricos del mundo a finales del s. XVIII y su narrativa, veraz o cuidadosamente elaborada, constituye uno de los mejores y más detallados relatos del comercio y vida de los esclavos.

Bibliografía

Vincent CARRETA. “*Does Equiano still matter?*” En: Recent Themes in the History of Africa and the Atlantic World. Ed.: University of South Carolina Press, 2008. Columbia (USA)

Vincent CARRETA. Equiano, the African: Biography of a Self-Made Man. Ed.: University of Georgia Press, 2005. Athens (USA)

Olaudah EQUIANO. The interesting narrative of the life of Olaudah Equiano, or Gustavus Vassa, the Adrican. Autopublicado, 1789. Londres (GBR)

Paul E. LOVEJOY. “*Construction of identity. Olaudah Equiano or Gustavus Vassa?*” En: Recent Themes in the History of Africa and the Altantic World. Ed.: University of South Carolina Press, 2008. Columbia (USA)

James WALVIN. An African’s Life: the Live and Times of Olaudah Equiano. Ed: Continuum, 2000. Nueva York (USA)